

## Del surrealismo hispanoamericano

Hispanoamérica: mito y surrealismo

Carlos Martín

Procultura, Bogotá, 1986.

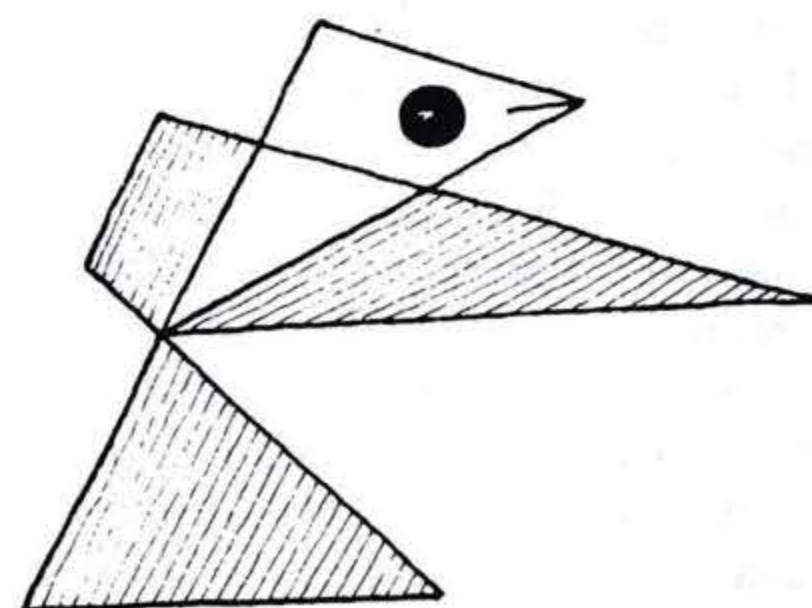
El ensayo del intelectual colombiano Carlos Martín constituye el último de los intentos por presentar una visión global acerca del llamado fenómeno hispanoamericano. Como corresponde a un modo de pensar que se inscribe en la primera línea de las corrientes en boga, su consideración de la "realidad hispanoamericana" es profundamente optimista y, ya desde el primer momento, considera que al hombre americano pero, singularmente, al intelectual, le están reservadas las más importantes misiones, que confluyen todas en la gran tarea de "crear un nuevo humanismo, capaz de restituirle al hombre su dignidad perdida" y que, por supuesto, "nos compromete en la imprescindible e implacable labor de transformar el mundo y cambiar la vida". Conforme, pues con los laudables propósitos melioristas que, desde el Renacimiento hasta nuestros días, animan toda una corriente del pensamiento hoy hegemónica, Martín cree sinceramente que "investidos con las armas de la luz" se podrá rehabilitar al individuo y, con él, al ser colectivo, para emprender una descomunal tarea de demolición de "viejas murallas a golpes de poesía vivida y animada por las potencias del amor y de la revolución". Al amor de tan noble martillar caerán por tierra, se asegura, todos los falsos ídolos: rodarán, así mismo, los viejos bastiones de la moral y la religión cristianas, los convencionalismos, las "ideas codificadas" y las tradiciones sostenidas por las fuerzas más regresivas, pero también todos y cada uno de los prejuicios racionalistas. El resultado será "una nueva concepción del mundo", una gran síntesis que supere esa dualidad cuyo atisbo han hecho posible "la evolución histórica y los adelantos de la ciencia", aquella dicotomía que aún pervive entre la razón y la

intuición, entre el saber y la pasión, entre la conciencia y la inconciencia, entre la vigilia y el sueño. Y el lugar donde tal síntesis emancipadora empieza a cuajar no podía ser otro que la América Latina, el nuevo mundo mestizo llamado por derecho propio —así lo cree el autor— a servir de cantera a la nueva *Weltanschauung*: marxismo y psicoanálisis, realismo y surrealismo, ciencia y pensamiento primitivo, realidad y mito encuentran su fusión en el continente mulato. En la formación de esta nueva cultura levantada "en lucha contra la razón y la lógica occidentales" participan, sin falta, "savias autóctonas, cosmopolitas, míticas, mágicas, de subdesarrollo, de improvisación y de intuición".

En la notoria identificación contemporánea entre buena parte de los intelectuales de uno y otro lado del Atlántico, nuestro autor ve una confluencia natural, resultado fatal del repudio común de las mismas limitaciones. El hombre europeo, de acuerdo con esta interpretación, se ha proyectado en sueños "más allá del pensamiento discursivo", y este sueño, "cristalizado en la más trascendente y perdurable concepción, es el surrealismo", que ha aportado la solución de continuidad entre "un mundo antiguo y un mundo nuevo". En este "mundo nuevo" se identifican las "aspiraciones, deseos e impulsos subjetivos con la objetiva realidad del Nuevo Mundo americano", de este mundo que, antes de su descubrimiento, era ya presentado en el sueño y la poesía, desde los mitos bíblicos hasta las utopías del Renacimiento, pasando por la Atlántida de Platón y la última Tule de Séneca.

Martín, verdadero conocedor de lo que pudiéramos denominar la ideología del surrealismo (así lo evidencian sus bien documentadas referencias a los Manifiestos de Breton y a tantos otros textos representativos) pone de relieve la aspiración de este movimiento por convertirse en un nuevo mito colectivo conciliable con el proceso de "liberación del hombre". América Latina, "simiente de mito y encarnación de utopía", vendría a ser, entonces, "la imagen exacta del mundo en que se convierte el

sueño surrealista". El sueño del surrealismo —este "último acontecimiento cultural de Occidente", según el ensayista— devino, pues, mundo, al punto que la conocida exclamación de Segismundo que reza: "la vida es sueño" ha de invertirse perentoriamente para poder declarar que "el sueño es vida", ya que aquí, en nuestro "continente de los siete colores", han podido reunirse, al fin, los grandes volcanes, lagos, valles y montañas, con las ciudades, los rascacielos, los estadios y los aeropuertos, *La vorágine con Manhattan Transfer*; ya que aquí lo "superreal maravilloso" tornóse realidad objetiva.

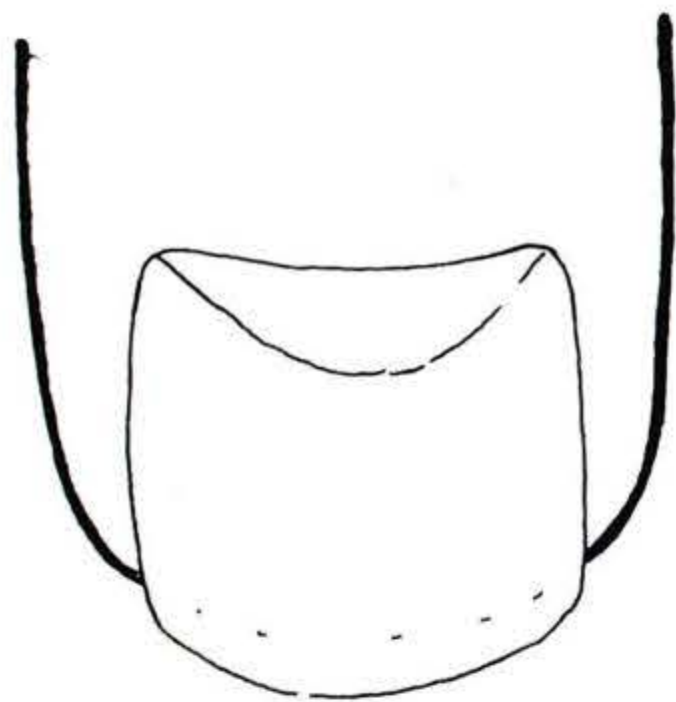


Otro punto de entronque con el surrealismo se ha hecho posible gracias a la porfía con que este movimiento, hijo legítimo del psicoanálisis, insiste en la más enaltecida visión de la niñez, como "la vida verdadera a la cual el adulto ha de regresar para rescatar su libertad de asociación y de imaginación". De esta forma, a la Iberoamérica contemporánea deberíamos contemplarla como el necesario resultado de la complementación entre aquella infancia buscada y recuperada por la más madura cultura europea, por una parte, y la infancia vivida espontáneamente, en estado de infancia real que corresponde a nuestra tierra y a nuestras gentes.

Martín es un sincero enamorado del arte contemporáneo, cuya caracterización empieza —según él— con el movimiento dadá y con su irreprimible afán por "reencontrar las fuerzas del totemismo" y "reactualizar el mito". Todo el exotismo de los movimientos de vanguardia fascina en sumo grado a nuestro autor, lo mismo el posimpresionismo que el fauvismo



su descubrimiento de motivos y estampas japoneses, lo mismo el expresionismo alemán que el cubismo francés y su integración de la temática negra y los rituales africanos. Pero "el gran cauce del arte moderno" a donde confluyen las diversas experiencias de vanguardia sería, fuera de toda discusión, el surrealismo y su exaltación del mito y de la magia, llevada a cabo a partir de las teorías de Freud y de Jung. Los surrealistas —como se sabe— encontraron en la América Latina la anhelada confirmación de sus doctrinas, a través de la consideración de varias de sus cosmogonías indígenas. En busca de ello viajaron al nuevo mundo André Breton, Antonin Artaud, Philippe Soupault y Benjamín Péret, quienes supieron, igualmente, dejar estampada su huella profunda entre los intelectuales vanguardistas nativos



que les aguardaban con ansiedad; entre ellos, el célebre novelista Julio Cortázar; Octavio Paz, el cotizado ensayista y poeta mexicano, y el cubano Alejo Carpentier, quien aportó la definición mediante la cual aparece descrita desde entonces la nueva corriente literaria hispanoamericana en libros y revistas, periódicos y cassetes, escuelas y universidades, como la tendencia de "lo real maravilloso", expresión tomada textualmente del prólogo de su novela *El reino de este mundo*.

El veterano intelectual colombiano constata con gran satisfacción cómo la onda surrealista ha tenido la más amplia repercusión desde México hasta la Argentina en "costumbres, mo-

das, invasión de cuadros extraños e imposición, en círculos intelectualizados, de un cierto sentido del humor que tilda de surrealistas a situaciones o hechos sorprendidos o absurdos de la vida, de la política, de la cultura...". Más aún, la influencia del surrealismo no parece haberse detenido allí, toda vez que éste otorgó al artista hispanoamericano el enfoque y los recursos, "el instrumento europeo" que, unido a la "contingencia americana", refulge en hombres como Pablo Neruda, Wilfredo Lam y Octavio Paz. Ello no obstante, el verdadero y reconocido padre del surrealismo, "quien lo presintió y lo anunció ya antes que lo definiera Breton, fue un suramericano, nacido en Montevideo en 1846", el famoso Lautréamont, cuyos *Cantos de Maldoror* pasaron inadvertidos en el momento de su publicación, mas sólo para llegar a ejercer más tarde una influencia decisiva y duradera en la poesía moderna, después de su muerte prematura, acaecida cuando el poeta contaba apenas veinticuatro años de edad. Nada extraño al fin, pues el patente cosmopolitismo de Lautréamont concuerda perfectamente con la "universalidad" preconizada por el surrealismo, según la cual el ser individual se halla identificado con una conciencia colectiva; y es "en virtud de esta conciencia plural que el acto creador se ha puesto al alcance de todos los hombres"; que "a todos los humanos se extiende la posibilidad de comunicación con las poderosas corrientes subterráneas que sustentan la existencia".

Carlos Martín tampoco duda en saludar entusiasmado la revolucionarización de los intelectuales de la América Latina contemporánea: "la caracterización de la llamada *intelligentsia* hispanoamericana —dice— es, en su gran mayoría, revolucionaria, y ya son una minoría los escritores y artistas que no expresan en sus obras las tendencias revolucionarias". El escritor cree descubrir que incluso allí donde la temática revolucionaria no se trasluce con claridad es sólo porque "se halla implícita", como en los casos de Julio Cortázar y de Mario Vargas Llosa. En este panorama, un lugar muy especial le ha

reservado el autor a Vicente Huidobro, a quien llama "padre de la vanguardia en nuestro idioma" y a quien considera, así mismo, como "fundador de la actual poesía del continente", siguiendo en esta apreciación, como en tantos otros lugares del libro, las opiniones de Octavio Paz.

Y con la mención de Huidobro y de su *creacionisme*, en el cual éste defiende su concepción de un arte totalmente artificial, culmina la parte fundamental del ensayo, para dejar paso a la sección final, caracterizada por la consideración particular de aquellos poetas hispanoamericanos que a Martín le parecen más destacados y por la inserción de una mínima antología de la obra de cada uno de ellos. Desfilan así, por las páginas del libro, al lado de Huidobro, Angel Cruchaga, Rosamel del Valle, Braulio Arenas, Gonzalo Rojas, Teófilo Cid, Jorge Cáceres, Enrique Gómez Correa, Humberto Díaz Casanueva, Carlos Latorre, Juan Antonio Vasco, J. J. Ceselli, Julio Llinás, Francisco Madariaga, Olga Orozco y otros más, para con cuyas obras cumple el colombiano una notable labor de difusión. De manera similar, son presentados aquí algunos textos significativos de poetas vanguardistas consagrados, como Octavio Paz, César Moro, Aldo Pellegrini, Emilio Westphalen, Oliverio Girondo, Pablo de Rokha y Enrique Molina. La obra de Martín culmina con la valoración de la narrativa hispanoamericana y constituye una buena recopilación de puntos de vista del momento sobre el llamado *boom* de la nueva novela. De acuerdo con nuestro surrealista colombiano, en la novelística de lo real maravilloso actúan mancomunadamente "una ampliación del concepto de realidad, una superación del realismo y del naturalismo" y "el descubrimiento de mundos libres de la causalidad consciente, con implicaciones oníricas, subconscientes, con asociaciones e intuiciones que superan el orden y la representación realista y conceptual del mundo".

Como se ve, después de este ligero recuento, el mundo se encamina, en la pluma de Martín hacia una nueva y, al parecer, definitiva aurora... Y,



quienes así lo asuman, no podrán menos de saludarla con una ovación.

GERMAN A. PINTO S.



## Usos de la imaginación

### El imaginero

J. G. Cobo Borda, M. J. de Ruschi Crespo, Ricardo H. Herrera  
Buenos Aires, 1984, 166 págs.

Una colección de poesía y crítica que se edita en Buenos Aires lleva el nombre de *El imaginero*. En homenaje quizá al primer libro, que en 1927 así se llamó, del poeta Ricardo E. Molinari. En ella, como número 8, aparece *Usos de la imaginación*, con trabajos de Juan Gustavo Cobo Borda, María Julia de Ruschi Crespo y Ricardo H. Herrera. La cara posterior de la cubierta del volumen insinúa que, no debiéndonos los hispanoamericanos a una sola tradición, podemos aspirar a todas. En consecuencia, tendremos que comenzar por conocer la nuestra. La de América Latina, hermanada en "la pobreza y el esplendor de ciertas obras literarias". Entre las que se escoge para su estudio una novela, *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, y varias creaciones poéticas contemporáneas: de César Vallejo, Ricardo

E. Molinari, José Gorostiza, Xavier Villaurrutia, Alejandra Pizarnik, Jaime Sáenz, Enrique Molina, Olga Orozco y Francisco Madariaga. *Usos de la imaginación* quiere "usar la imaginación, ponerla en práctica". Los trabajos que reúne aspiran a ser "reacciones vivas a obras también vivas".

"Vueltas en redondo en torno a Gabriel García Márquez" es el ensayo de Cobo Borda, quien ya con anterioridad ha dedicado otras páginas a la comprensión del notable novelista. Se inicia reconociendo aquellas que se han considerado las "raíces" de la obra de García Márquez. Que explora fundamentándose principalmente en la recopilación de sus estudios periodísticos, entre 1947 y 1952, que hizo Jacques Gilard y se publicó con el título de *Textos costeños*. Allí dijo una vez: "Todavía no se ha escrito en Colombia la novela que esté indudable y afortunadamente influida por Joyce, por Faulkner o por Virginia Woolf. Si los colombianos hemos de decidirnos acertadamente tendríamos que caer irremediabilmente en esta corriente". Sin negar del todo la validez de la narrativa colombiana (la cual constituye, como el resto de nuestra herencia cultural, "una tradición de la pobreza, limitada pero decorosa", ha sostenido Cobo), el autor de *Cien años de soledad* la encuentra, en resumen, corta. En entrevista con Germán Santamaría dijo: "En Colombia la literatura no avanza por evolución sino por demolición y suplantación. *María y La vorágine* eran dos obras auténticas y legítimas: no se trataba de suplantárselas sino de escribir una literatura que además de local fuera universal".

La intención de lograr ese tono menos circunscrito a nuestro espacio y más abarcador, más total, le llevó a perseguir durante años, en lecturas diferentes, las influencias que pudiesen estimularlo. La Biblia ocupa lugar importante entre ellas.

Aspecto que destaca Cobo en la base de la narrativa de García Márquez es la firmeza de "una cultura popular y no letrada, contrapuesta por él a esa cultura tradicional, y un tanto académica, que era la cultura bogotana". El contraste entre la cul-

tura de la costa atlántica o caribe y la del altiplano o andina. *Biografía del Caribe* de Germán Arciniegas, que "lo acompaña a uno (dijo) a tratar con familiaridad los personajes más inaccesibles y remotos" ejerció, según Cobo, influjo notorio en su intención de tratar el mundo caribe como una unidad. Lo que refrenda una novela: *El otoño del patriarca*.

Cobo recuerda el entusiasmo del novelista, en su adolescencia, por la renovación que trajo *Piedra y Cielo* a la poesía colombiana. Aunque reclamaba al mismo tiempo el vigor de una voz más poderosa, la de Neruda. Y sus palabras al recibir en 1982 el premio Nobel: "En cada línea que escribo trato siempre, con mayor o menor fortuna, de invocar los espíritus esquivos de la poesía, y trato de dejar en cada palabra el testimonio de mi devoción por sus virtudes de adivinación, y por su permanente victoria contra los sordos poderes de la muerte". Pero el interés juvenil no se limitó a la poesía. Sino fue además por la nota periodística, como la de los buenos diaristas bogotanos de entonces, de agudeza y de gracia, interesada por cuanto sucedía en el mundo. A través también de otros elementos (cine, música popular, tiras cómicas), Cobo indica cómo el novel periodista advertía el "influjo de los medios de comunicación masiva en la fabricación de una nueva cultura". Cómo "estaba percibiendo, así mismo, el cambio de tono dentro de una sensibilidad colectiva".

El otro García Márquez que contempla el ensayo de Cobo es el de hoy: el novelista rutilante que "ha experimentado las incomodidades que trae consigo la fama y la soledad inherente a la gloria". Y que ha llegado a ser un personaje público, incluso en el terreno político. Personaje comprometido con una determinada línea de acción. Actitud que Cobo censura con palabras que no dejan lugar a la incertidumbre: "Grandes obras, de *La divina comedia* en adelante, nacieron del odio, pero quien escribe ficción no puede afiliarse a güelfos ni a gibelinos [...] su deber es encarnar, incluso a pesar suyo, terribles contradicciones y no verdades aceptadas. No hacernos